SUPLEMENTO
Página/12
ESPECIAL

TODO LO QUE USTED QUERIA SABER SOBRE "PAQUI" FORESE Y NO SE ATREVIA A PREGUNTAR

Lo que sigue es una larga historia. Los nombres, datos y fechas son reales y también lo son los detalles más nimios. Todas las referencias han sido tomadas de declaraciones de testigos, imputados y procesados en causas que se detallan a lo largo de la crónica. La elección formal de haber novelado el contenido obedece a un prejuicio estético del autor: se espera de esta forma que su lectura resulte un poco más amena. La historia que se cuenta tiene, al día de publicación de este suplemento, un final abierto.



TODO LO QUE USTED QUERIA SABER SOBRE "PAQUI" FORESE Y NO SE ATREVIA A PREGUNTAR

Por Jorge Lanata

El grito recorrió todo el edificio de la UOM, como si las paredes fueran de papel:

—¿Me querés decir qué hace acá el zurdo ese?

Jorge Hugo Dubchak, uno de los miembros de la custodia, estaba fuera de sí.

—A vos, Gallego, a vos te pregunto.

Juan Carlos Rodríguez, *el gallego*, sólo largó una sonrisa cansada y se fue dando un portazo.

—¡A vos te pregunto, hijo de puta! —gritó Dubchak fuera de sí. Osvaldo Forese le hizo señas para que bajara la voz. Después se escuchó la tos metálica del ascensor que se detenía, y un grupo de voces que se dirigía a la oficina del *Loro*. Esa tarde Lorenzo Miguel iba a regalarle un automóvil blindado a Juan Manuel Abal Medina. El coche, preparado por la empresa Borges, relucía en la puerta a la espera de su destinatario. Jorge Dubchak se sentó como si tuviera una bolsa de cemento en la espalda. Se sentía traicionado. Monologó un largo rato en voz alta, a nadie, tratando de escupir su bronca. "Si se hace nomás el arreglo con el *Loro* yo voy y lo boleteo. Para qué carajo los necesitamos a los bolches ésos, decime, ¿eh?". Ninguno de los tres custodias que quedaban en la habitación pronunció una palabra. César Enciso, *el Indio* Castillo y el *Paqui* Forese también estaban desolados: parecían tres marionetas en un teatro vacío.

Cuando la idea le estalló en la frente, Dubchak se levantó de golpe y la soltó a los demás: "Voy y lo mato ahora mismo". Pero un brazo lo detuvo y lo devolvió al asiento. Media hora más tarde la escena de Dubchak circulaba por todo el edificio de Cangallo 1348.

Aquella noche Jorge Dubchak pensó en irse de la UOM. La idea le rondaba desde varios meses, pero siempre terminaba desechándola: Ahora tenía plata fácil, coches y buenos contactos. Su otro trabajo, en la Brigada de Investigaciones de Avellaneda, era simplemente la entrada fija y el futuro en cuotas. Por eso aceptó el traslado a Puente Doce, en la división Cuatrerismo, y se pasaba el día viajando: de Wilde a Camino de Cintura y Ricchieri, de ahí a Cangallo. La cara se le iluminó cuando se recordó a sí mismo en Ezeiza, barriendo zurdos con una UZI. "Hay que pelearla también desde adentro", le había dicho Pino Enciso. Tenía razón.

Julio es el mes más cruel

Las mañanas son más lentas en Wilde. En casi toda la ciudad se pasan volando, pero la mañana del 24 de julio de 1975 era lenta y tranquila como un estanque. Juan Dubchak —inmigrante polaco, ferroviario— gastaba el tiempo dando largos sorbos al mate hasta que su mujer, Elena Duchón, le advertía:

—Lo vas a gastar —y Dubchak se lo devolvía con una sonrisa. Jorge, su hijo, dormía en una de las piezas del fondo de la calle Lynch 223. Juan Dubchak escuchó que un coche se estacionaba enfrente, después sintió ruidos en la puerta y salió a ver:

—Dígale a Jorge que lo buscan los muchachos —le anunció una cara conocida, y Juan Dubchak entró a transmitir el mensaje.

Al rato Jorge salía con los ojos rojos de sueño y entraba en el asiento trasero de un coche azul que dobló por Lynch y retomó por la avenida Mitre hacia el centro. La radio del auto anunciaba que Luder iba a asumir como presidente provisional, en reemplazo de Isabel. Proseguía el plan de lucha de los empleados de comercio.

—Apagá, querés —ordenaron en el asiento de adelante.

Dubchak trató de acomodarse entre dos de sus compañeros, y de a ratos cabeceaba por el sueño. Se sorprendió cuando vio que el auto se encaminaba a Capital.

—¿No íbamos para La Plata?

—No. Vamos a Cangallo.

Fue entonces cuando Jorge Hugo Dubchak sintió que algo andaba mal.

—*El gallego* quiere hablar con vos —agregó con sequedad el conductor.

El coche se estacionó frente a la UOM y al rato la realidad se volvió una interminable sucesión de diapositivas: Dubchak pudo ver el rostro de Juan Carlos Rodríguez, escuchó un insulto, luego un disparo, luego otro, vio cómo el piso se le venía a la cara, escuchó la voz del *Oso* Fromigué y tenía la cabeza en el piso cuando las voces se iban apagando, y la vista se le había fijado en un zapato de Juan Carlos Acosta, para no ver luego nada más.

Al rato, alguien levantó del piso la cigarrera que el teniente coronel Osinde le había regalado a Dubchak. Ahora tendría mejor uso.

—Al pedo te llamás así —le dijeron a Carlos Monzón, cocinero del edificio, cuando se negó a cortar el cadáver de Dubchak. Alguien llamó después a Rudolf Kramer, un médico berlinés que ocasionalmente colaboraba con el sindicato. Kramer completó el trabajo sucio: cortó el cuerpo para que lo incineraran en la caldera. Pero la batalla entre las bandas recién comenzaba.

La venganza

Cuatro días después, cuando Rudolf Kramer volvía desde el centro hasta su casa de Pilar, vio cómo dos coches se le cruzaban en medio de la autopista. Sólo alcanzó a frenar y luego recibió descargas de ametralladora.

César *Pino* Enciso escuchó el portero eléctrico de su departamento en Arenales al 2800 y la intuición lo llevó a bajar por la escalera: era amigo de Dubchak y podía ser otro en la lista. Rodríguez lo aguardaba en la planta baja y recibió ocho disparos. Su suegro, el general Otto Paladino, pidió que lo trasladaran al Instituto del Diagnóstico y allí pudieron salvarlo. Los "socios" de Dubchak —Gordon, Miranda y Forese— organizaron cuidadosamente el contraataque: balearon la casa del *Oso* Fromigué en La Plata y el intercambio de disparos fue tan grande que la policía local pidió la intervención del Ejército. Cuando llegó el Regimiento 7 de Infantería bajo las órdenes del coronel Soldatti, la banda logró escapar.

El domingo 12 de octubre de 1975 la batalla parecía terminada. Ese día Juan Carlos Acosta y su mujer, Graciela Chej Muse, planeaban un programa con una pareja amiga, Silvia Rodríguez y Eduardo Aníbal Fromigué. Desde fines del '73 Acosta y Fromigué trabajaban como custodios en la UOM pero la amistad de las parejas era anterior, al punto de que ambas se habían casado en la misma ceremonia, en San Martín de los Andes.

A las 11 Acosta estacionó su Ford Falcon blanco frente al hotel Cibeles, en Virrey Ceballos entre Alsina y Moreno, y Graciela Chej Muse bajó a buscar a sus amigos. Acosta recostó la cabeza en la ventanilla, al brillo del sol, y nada podía delatar en su rostro que el auto era robado. Su dueño había sido asaltado el 6 de octubre en Camino de Cintura a la altura del cruce de Lomas, y empujado con el auto en marcha cerca del Tiro Federal.

Acosta ya había sido procesado por robo de automotor el 20 de noviembre de 1971, y quizá basara su tranquilidad en la experiencia. Eduardo Aníbal Fromigué, el hombre que ahora salía del hotel, tenía los mismos antecedentes: robo de automotor a mano armada el 4 de agosto de ese año. Fromigué salió del hotel Cibeles abrazando a Silvia Rodríguez y tratando de acomodar su Browning 9 mm (número 1630) con la mano izquierda. Cuando Graciela Chej Muse volvió a subir, corrió la alfombra delantera y dio un pequeño salto hacia atrás: había una ametralladora Halcón semiautomática sin número. Nadie le prestó demasiada importancia. Acosta volvió la alfombra a su lugar y después las dos parejas se entretuvieron en armar un programa: almuerzo en Quilmes, la tarde en el recreo Ruta Sol, cine a la nochecita en el centro y después a comer a algún lado.

Cuando en la noche del domingo entraron al restaurant Mi Estancia, de la ruta 2 kilómetro 25 en Florencio Varela, había doce personas en el lugar. Eligieron la mesa 45 de la tercera fila, y mientras se sentaban Fromigué miró el reloj de la pared: eran las 22.30.

El mozo Juan Maidana se acercó a la mesa arrastrando el cansancio: había trabajado hasta la madrugada del sábado, y recién tendría franco el martes. Algo le decía que en esa mesa iban a dejar buena propina. El grupo ordenó el primer plato y después Maidana retomó la conversación con otro de los mozos, de nombre inverosímil: Mamerto Puchete.

A las 23 Manuel de Jesús Paz, el playero del restaurant, vio entrar un Ford Falcon blanco con cuatro personas. Media hora más tarde entró un Torino negro.

Aníbal Gordon, *el Tío*, iba al volante del Torino. Su padre había sido director del Correo Central y venía de una familia acomodada. Cuando en los Tribunales se le preguntaba su profesión respondía invariablemente: *"Industrial"*, e informaba de una dirección en San Isidro. En el '72 había sido detenido por tenencia de armas de guerra y explosivos, y un año más tarde salía en libertad por la ley de amnistía. Se ufanaba de ser amigo personal de José Ignacio Rucci.

César Enciso, *Pino, Pinito, Ojo de Vidrio*, mantenía un largo noviazgo con la hija del general Paladino —con quien se casó en 1978—, tenía causas por privación ilegítima de la libertad, tentativa de homicidio y secuestro. *"Comerciante"*, aseguraba cuando le preguntaban su modo de vida.

Víctor Gard, el otro ocupante del Torino, se declaraba *"Artesano"*. Había sido procesado por tenencia de armas de guerra que, según Gard, "se encontraba reparando, y eran armas de colección". Osvaldo *Paqui* Forese era militante de la CNU y amigo de Jorge Dubchak, al que había conocido en la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN).

En el Falcon blanco otro grupo consumía la espera: Carlos Alberto Miranda, *Anteojito*, no podía sospechar en aquel año que en abril de 1988 sería detenido por el juez Piotti como integrante de una banda de ultraderecha con el ex teniente coronel González Naya, admirador de Rico.

Antonio Jesús, *Tony*, había sido compañero de secundario de Fromigué: ingresaron juntos en 1970. *Tony* nunca hubiera adivinado que en 1988 se desempeñaría en la Cámara de Diputados de la Provincia, dentro del Bloque Justicialista y que declararía años más tarde ante un juez: "Ese día, el 12 de octubre del '75, yo había viajado a Brasil por la empresa PLUNA".

Ricardo Oscar Calvo, *Richards*, había conocido a *Pino* Enciso en un asado partidario en Quilmes, y jugaba al rugby con Antonio Jesús. Carlos Castillo, *el Indio*, el último habitante del Falcon blanco, había sido procesado por tenencia de armas de guerra, falsificación de documento público, violación de domicilio y amenazas. Militaba con *Tony* y *Richards* en la CNU y —según recordó años más tarde ante el juez— trabajaba en esa fecha en el Ministerio de Economía.

Juan Maidana levantaba de la mesa 45 el segundo plato y se disponía a anotar los postres cuando vio que, por una de las ventanas, un hombre miraba entre las sombras. Después Aníbal Gordon volvió al Torino y ordenó al grupo que bajara.

—Vos abrís la puerta —le dijo *Pino* al *Paqui*.

El Paqui sonrió: era su especialidad, no había puerta que se le resistiera. Eran las 23.45 cuando la puerta estalló en pedazos y los dos grupos entraron al restaurant gritando: "Policía Federal, que nadie se mueva". Juan Carlos Acosta reconoció los rostros y manoteó su Colt 11.25 que no llegó a disparar. A su lado cayeron dos cargadores. Graciela Chej Muse murió en el acto. Eduardo Fromigué disparó con su Browning pero no fue suficiente. Junto a su cuerpo se encontró un carnet de la UOM y una credencial falsa de la policía de la provincia con el número 2974. Luego de una ráfaga, Silvia Rodríguez cayó junto al cuerpo de su esposo, pero no estaba muerta. Dos personas lo advirtieron: Mamerto Puchete, el mozo de nombre inverosímil, que vio cuando susurraba en vano al oído de su esposo, y *Pino* Enciso, que alcanzó a disparar otras dos ráfagas de ametralladora sobre las piernas de Silvia Rodríguez, que sobrevivió.

El grupo salió satisfecho del restaurant: habían vengado a Jorge Hugo Dubchak. El silencio posterior duró una eternidad: las doce personas se quedaron paralizadas por el miedo, y ese silencio de hielo sólo fue roto cuando los mozos llamaron a la policía.

Pasaba la medianoche cuando llegó un patrullero con el comisario Resia, el oficial Ojeda y el fotógrafo policial Gaspar Mancuso. En la playa de estacionamiento encontraron un cargador FAL calibre 7.62 con siete cartuchos.





TODO LO QUE USTED QUERIA SABER SOBRE "PAQUI" FORESE Y NO SE ATREVIA A PREGUNTAR

Por Jorge Lanata

El grito recorrió todo el edificio de la UOM, como si las paredes fueran de papel:

—¿Me querés decir qué hace acá el zurdo ese?

Jorge Hugo Dubchak, uno de los miembros de la custodia, estaba fuera de sí.

—A vos, Gallego, a vos te pregunto.

Juan Carlos Rodríguez, *el gallego*, sólo largó una sonrisa cansada y se fue dando un portazo.

—¡A vos te pregunto, hijo de puta! —gritó Dubchak fuera de sí. Osvaldo Forese le hizo señas para que bajara la voz. Después se escuchó la tos metálica del ascensor que se detenía, y un grupo de voces que se dirigía a la oficina del *Loro*. Esa tarde Lorenzo Miguel iba a regalarle un automóvil blindado a Juan Manuel Abal Medina. El coche, preparado por la empresa Borges, relucía en la puerta a la espera de su destinatario. Jorge Dubchak se sentó como si tuviera una bolsa de cemento en la espalda. Se sentía traicionado. Monologó un largo rato en voz alta, a nadie, tratando de escupir su bronca. "Si se hace nomás el arreglo con el *Loro* yo voy y lo boleteo. Para qué carajo los necesitamos a los bolches ésos, decime, ¿eh?". Ninguno de los tres custodias que quedaban en la habitación pronunció una palabra. César Enciso, *el Indio* Castillo y el *Paqui* Forese también estaban desolados: parecían tres marionetas en un teatro vacío.

Cuando la idea le estalló en la frente, Dubchak se levantó de golpe y la soltó a los demás: "Voy y lo mato ahora mismo". Pero un brazo lo detuvo y lo devolvió al asiento. Media hora más tarde la escena de Dubchak circulaba por todo el edificio de Cangallo 1348.

Aquella noche Jorge Dubchak pensó en irse de la UOM. La idea le rondaba desde varios meses, pero siempre terminaba desechándola: Ahora tenía plata fácil, coches y buenos contactos. Su otro trabajo, en la Brigada de Investigaciones de Avellaneda, era simplemente la entrada fija y el futuro en cuotas. Por eso aceptó el traslado a Puente Doce, en la división Cuatrerismo, y se pasaba el día viajando: de Wilde a Camino de Cintura y Ricchieri, de ahí a Cangallo. La cara se le iluminó cuando se recordó a sí mismo en Ezeiza, barriendo zurdos con una UZI. "Hay que pelearla también desde adentro", le había dicho Pino Enciso. Tenía razón.

Julio es el mes más cruel

Las mañanas son más lentas en Wilde. En casi toda la ciudad se pasan volando, pero la mañana del 24 de julio de 1975 era lenta y tranquila como un estanque. Juan Dubchak —inmigrante polaco, ferroviario— gastaba el tiempo dando largos sorbos al mate hasta que su mujer, Elena Duchon, le advertía:

—Lo vas a gastar —y Dubchak se lo devolvía con una sonrisa. Jorge, su hijo, dormía en una de las piezas del fondo de la calle Lynch 223. Juan Dubchak escuchó que un coche se estacionaba enfrente, después sintió ruidos en la puerta y salió a ver:

—Dígale a Jorge que lo buscan los muchachos —le anunció una cara conocida, y Juan Dubchak entró a transmitir el mensaje.

Al rato Jorge salía con los ojos rojos de sueño y entraba en el asiento trasero de un coche azul que dobló por Lynch y retomó por la avenida Mitre hacia el centro. La radio del auto anunciaba que Luder iba a asumir como presidente provisional, en reemplazo de Isabel. Proseguía el plan de lucha de los empleados de comercio.

—Apagá, querés —ordenaron en el asiento de adelante.

Dubchak trató de acomodarse entre dos de sus compañeros, y de a ratos cabeceaba por el sueño. Se sorprendió cuando vio que el auto se encaminaba a Capital.

—¿No íbamos para La Plata?

—No. Vamos a Cangallo.

Fue entonces cuando Jorge Hugo Dubchak sintió que algo andaba mal.

—*El gallego* quiere hablar con vos —agregó con sequedad el conductor.

El coche se estacionó frente a la UOM y al rato la realidad se volvió una interminable sucesión de diapositivas: Dubchak pudo ver el rostro de Juan Carlos Rodríguez, escuchó un insulto, luego un disparo, luego otro, vio cómo el piso se le venía a la cara, escuchó la voz del *Oso* Fromigué y tenía la cabeza en el piso cuando las voces se iban apagando, y la vista se le había fijado en un zapato de Juan Carlos Acosta, para no ver luego nada más.

Al rato, alguien levantó del piso la cigarrera que el teniente coronel Osinde le había regalado a Dubchak. Ahora tendría mejor uso.

—Al pedo te llamás así —le dijeron a Carlos Monzón, cocinero del edificio, cuando se negó a cartear el cadáver de Dubchak. Alguien llamó después a Rudolf Kramer, un médico berlinés que ocasionalmente colaboraba con el sindicato. Kramer completó el trabajo sucio: cortó el cuerpo para que lo incineraran en la caldera. Pero la batalla entre las bandas recién comenzaba.

La venganza

Cuatro días después, cuando Rudolf Kramer volvía desde el centro hasta su casa de Pilar, vio cómo dos coches se le cruzaban en medio de la autopista. Sólo alcanzó a frenar y luego recibió descargas de ametralladora.

César *Pino* Enciso escuchó el portero eléctrico de su departamento en Arenales al 2800 y la intuición lo llevó a bajar por la escalera: era amigo de Dubchak y podía ser otro en la lista. Rodríguez lo aguardaba en la planta baja y recibió ocho disparos. Su suegro, el general Otto Paladino, pidió que lo trasladaran al Instituto del Diagnóstico y allí pudieron salvarlo. Los "socios" de Dubchak —Gordon, Miranda y Forese— organizaron cuidadosamente el contraataque: balearon la casa del *Oso* Fromigué en La Plata y el intercambio de disparos fue tan grande que la policía local pidió la intervención del Ejército. Cuando llegó el Regimiento 7 de Infantería bajo las órdenes del coronel Soldatti, la banda logró escapar.

El domingo 12 de octubre de 1975 la batalla parecía terminada. Ese día Juan Carlos Acosta y su mujer, Graciela Chej Muse, planeaban un programa con una pareja amiga, Silvia Rodríguez y Eduardo Aníbal Fromigué. Desde fines del '73 Acosta y Fromigué trabajaban como custodios en la UOM pero la amistad de las parejas era anterior, al punto de que ambas se habían casado en la misma ceremonia, en San Martín de los Andes.

A las 11 Acosta estacionó su Ford Falcon blanco frente al hotel Cibeles, en Virrey Ceballos entre Alsina y Moreno, y Graciela Chej Muse bajó a buscar a sus amigos. Acosta recostó la cabeza en la ventanilla, al brillo del sol, y nada podía delatar en su rostro que el auto era robado. Su dueño había sido asaltado el 6 de octubre en Camino de Cintura a la altura del cruce de Lomas, y empujado con el auto en marcha cerca del Tiro Federal.

Acosta ya había sido procesado por robo de automotor el 20 de noviembre de 1971, y quizá basara su tranquilidad en la experiencia. Eduardo Aníbal Fromigué, el hombre que ahora salía del hotel, tenía los mismos antecedentes: robo de automotor a mano armada el 4 de agosto de ese año. Fromigué salió del hotel Cibeles abrazando a Silvia Rodríguez y tratando de acomodar su Browning 9 mm (número 1630) con la mano izquierda. Cuando Graciela Chej Muse volvió a subir, corrió la alfombra delantera y dio un pequeño salto hacia atrás: había una ametralladora Halcón semiautomática sin número. Nadie le prestó demasiada importancia. Acosta volvió la alfombra a su lugar y después las dos parejas se entretuvieron en armar un programa: almuerzo en Quilmes, la tarde en el recreo Ruta Sol, cine a la noche-cita en el centro y después a comer a algún lado.

Cuando en la noche del domingo entraron al restaurant Mi Estancia, de la ruta 2 kilómetro 25 en Florencio Varela, había doce personas en el lugar. Eligieron la mesa 45 de la tercera fila, y mientras se sentaban Fromigué miró el reloj de la pared: eran las 22.30.

El mozo Juan Maidana se acercó a la mesa arrastrando el cansancio: había trabajado hasta la madrugada del sábado, y recién tendría franco el martes. Algo le decía que en esa mesa iban a dejar buena propina. El grupo ordenó el primer plato y después Maidana retomó la conversación con otro de los mozos, de nombre inverosímil: Mamerto Puchete.

A las 23 Manuel de Jesús Paz, el playero del restaurant, vio entrar un Ford Falcon blanco con cuatro personas. Media hora más tarde entró un Torino negro.

Aníbal Gordon, *el Tío*, iba al volante del Torino. Su padre había sido director del Correo Central y venía de una familia acomodada. Cuando en los Tribunales se le preguntaba su profesión respondía invariablemente: *"Industrial"*, e informaba de una dirección en San Isidro. En el '72 había sido detenido por tenencia de armas de guerra y explosivos, y un año más tarde salía en libertad por la ley de amnistía. Se ufanaba de ser amigo personal de José Ignacio Rucci.

César Enciso, *Pino, Pinito, Ojo de Vidrio*, mantenía un largo noviazgo con la hija del general Paladino —con quien se casó en 1978—, tenía causas por privación ilegítima de la libertad, tentativa de homicidio y secuestro. *"Comerciante"*, aseguraba cuando le preguntaban su modo de vida.

Víctor Gard, el otro ocupante del Torino, se declaraba *"Artesano"*. Había sido procesado por tenencia de armas de guerra que, según Gard, "se encontraba reparando, y eran armas de colección". Osvaldo *Paqui* Forese era militante de la CNU y amigo de Jorge Dubchak, al que había conocido en la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN).

En el Falcon blanco otro grupo consumía la espera: Carlos Alberto Miranda, *Anteojito*, no podía sospechar en aquel año que en abril de 1988 sería detenido por el juez Piotti como integrante de una banda de ultraderecha con el ex teniente coronel González Naya, admirador de Rico.

Antonio Jesús, *Tony*, había sido compañero de secundario de Fromigué: egresaron juntos en 1970. *Tony* nunca hubiera adivinado que en 1988 se desempeñaría en la Cámara de Diputados de la Provincia, dentro del Bloque Justicialista y que declararía años más tarde ante un juez: "Ese día, el 12 de octubre del '75, yo había viajado a Brasil por la empresa PLUNA".

Ricardo Oscar Calvo, *Richards*, había conocido a *Pino* Enciso en un asado partidario en Quilmes, y jugaba al rugby con Antonio Jesús. Carlos Castillo, *el Indio*, el último habitante del Falcon blanco, había sido procesado por tenencia de armas de guerra, falsificación de documento público, violación de domicilio y amenazas. Militaba con *Tony* y *Richards* en la CNU y —según recordó años más tarde ante el juez— trabajaba en esa fecha en el Ministerio de Economía.

Juan Maidana levantaba de la mesa 45 el segundo plato y se disponía a anotar los postres cuando vio que, por una de las ventanas, un hombre miraba entre las sombras. Después Aníbal Gordon volvió al Torino y ordenó al grupo que bajara.

—Vos abrís la puerta —le dijo *Pino* al *Paqui*.

El Paqui sonrió: era su especialidad, no había puerta que se le resistiera. Eran las 23.45 cuando la puerta estalló en pedazos y los dos grupos entraron al restaurant gritando: "Policía Federal, que nadie se mueva". Juan Carlos Acosta reconoció los rostros y manoteó su Colt 11.25 que no llegó a disparar. A su lado cayeron dos cargadores. Graciela Chej Muse murió en el acto. Eduardo Fromigué disparó con su Browning pero no fue suficiente. Junto a su cuerpo se encontró un carnet de la UOM y una credencial falsa de la policía de la provincia con el número 2974. Luego de una ráfaga, Silvia Rodríguez cayó junto al cuerpo de su esposo, pero no estaba muerta. Dos personas lo advirtieron: Mamerto Puchete, el mozo de nombre inverosímil, que vio cuando susurraba en vano al oído de su esposo, y *Pino* Enciso, que alcanzó a disparar otras dos ráfagas de ametralladora sobre las piernas de Silvia Rodríguez, que sobrevivió.

El grupo salió satisfecho del restaurant: habían vengado a Jorge Hugo Dubchak. El silencio posterior duró una eternidad: las doce personas se quedaron paralizadas por el miedo, y ese silencio de hielo sólo fue roto cuando los mozos llamaron a la policía.

Pasaba la medianoche cuando llegó un patrullero con el comisario Resia, el oficial Ojeda y el fotógrafo policial Gaspar Mancuso. En la playa de estacionamiento encontraron un cargador FAL calibre 7.62 con siete cartuchos.



Los unos y los otros

Un día después de la matanza de Mi Estancia el abogado Fernando Torres recibió un llamado de su amigo Juan Carlos Rodríguez, el jefe de custodia de la UOM. Torres era en ese momento director nacional de Policía del Trabajo (había asumido el 25 de mayo de 1973, con la gestión de Cámpora) y, a la vez, director de Asuntos Jurídicos de la CGT y la UOM, lo que hablaba de su versatilidad: poder ser, a un mismo tiempo, controlador y controlado.

En aquel año Fernando Torres quizá tampoco sospechara que iba a convertirse en el defensor de Mario Eduardo Firmenich, pero el ejercicio de su profesión le había deparado ya algunas sorpresas: Rodríguez lo llamaba para pedirle que gestionara la entrega de los cadáveres de Fromigué y Acosta —a quien Torres conocía— que habían muerto a manos de Gordon, Enciso y Castillo entre otros, a quien el mismo Torres había defendido ante los Tribunales.

La relación de Fernando Torres con el jefe de la custodia se remonta a 1967, cuando Rodríguez junto a otros militantes fascistas intentaron desembarcar en las Malvinas. A Aníbal Gordon lo defendió en 1971, cuando se le imputaba el asalto al Banco de Río Negro y al *Indio* Castillo lo defendería años más tarde, en 1978.

Torres realiza su gestión con prolijidad farmacéutica: se comunica con la comisaría de Florencio Varela, combina con Rodríguez una cita en el cementerio local y pide dos ambulancias. Ese día se entera de que Silvia Rodríguez, viuda de Fromigué, había sobrevivido a la matanza, y sugiere una idea impecable:

—Si los reconoció, que declare ante un escribano y dé los nombres de todos los agresores.

El 16 de octubre de 1975 la escribana Olga Churruarín de Bonnefó golpeó la puerta de la habitación 319 del séptimo piso en el Policlínico Central de la UOM y, al entrar, se encontró con Silvia Rodríguez aún convaleciente pero en perfecto estado de conciencia. La mujer dio un relato pormenorizado de la matanza y, ante una pregunta, soltó con inocencia:

—¿Cómo no los voy a conocer si todos trabajaban en la UOM con mi esposo?

Después dio nombres, direcciones y apodos. A la firma del testimonio asistieron dos testigos: Antonio Wenceslao Cunningham —que trabaja en el Policlínico desde 1943— y Osvaldo Angel Vigna —también trabajador de la clínica, pero desde 1970.

Sin embargo el tiempo —y algunas amenazas— ayudaron para que la escritura se diluyera en el olvido. Cunningham declaró ante un juez que "no recordaba haberla firmado, aunque sí reconoce que es su firma", y Vigna tuvo mayor imaginación: "Aquel día el Dr. Bracutto, director del Policlínico, me pidió prestados los documentos no sé para qué y al rato me hicieron firmar un papel".

Recién en 1985 Silvia Rodríguez declaró en la causa por la matanza y, aun cuando pudo constatarse que la escritura era real, negó haber formulado ninguna acusación.

Desde el jardín

No todos los sobrenombres cambiaban en Automotores Orletti, el campo de concentración de Venancio Flores y Emilio Lamarca, en Floresta.

Aníbal Gordon en 1976 había dejado de ser *El Tío* para convertirse en *El Jova*, o *El Jovato*, y con mayor asiduidad en el *Teniente Coronel Silva*. Osvaldo Forese, sin embargo, seguía siendo *El Paqui* o, por extensión, *El Paquidermo*, y alimentaba su mito de derrumbar las puertas a patadas.

El 13 de julio de 1976 derriba la puerta de Víctor Martínez 1480 y es la cara de Forese la que se detiene en la memoria del periodista uruguayo Enrique Rodríguez Larreta. El grupo de tareas de Orletti lo secuestra junto a Raquel Nogueira y esa misma noche la camioneta en la que los trasladan se detiene dos veces para otros secuestros: en Corrientes y Dorrego y en Pasteur al 800. En el campo Orletti —también denominado *El Jardín*— los militares uruguayos y argentinos estrechan vínculos rioplatenses. El jefe de la División 300 de Inteligencia, mayor uruguayo Gavazzo, dirige los interrogatorios con la colaboración de otros oficiales uruguayos de la OCOA (Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas): el mayor Cordero, el capitán Silveyra y el teniente Maurente. Aníbal Gordon se pasea por el campo con ropa militar y gorra ladeada. Los secuestrados que identifican a Osvaldo *Paqui* Forese alcanzan a la decena: Nelson Bermúdez, Margarita Michelini, Raquel Nogueira, Raúl Altuna Facal, entre otros. Todas las descripciones coinciden: corpulento, macizo, estatura media, hacía alarde de lo que robaba, tenía mucho pelo, era gordo.

COPIA FACSIMILAR DE LA ESCRITURA DICTADA POR SILVIA RODRIGUEZ DE FROMIGUE

OBEDIENCIA DEBIDA A FORESE, RUFFO Y GORDON

JORGE HUGO DUBCHAK

Historia de un absurdo

El 19 de julio de 1976 Osvaldo Forese es detenido por orden del juez Nelky Martínez, acusado de haber participado en la matanza de Florencio Varela. Un pequeño detalle se escapa durante la detención: se trata de otro Osvaldo Forese, homónimo del imputado. Este Osvaldo Forese es un estudiante de ingeniería que trabaja en Siemens y que durante cuatro años se lamentará por su mala suerte. La policía lo detiene en su casa de Rocha 94, en San Martín, y aun cuando resulta evidente que no se trata del mismo, recién es sobreseído provisoriamente el 30 de octubre. El abogado del homónimo apela ante la Cámara pidiendo el sobreseimiento definitivo, que llega más tarde firmado por una persona que volverá a mezclarse en esta historia: el juez Ernesto Domenech, en ese momento secretario de la Cámara Octava de Apelación en lo Penal de La Plata. Domenech volverá a encontrarse con un Forese —pero esta vez el real— en una causa reciente por robo de cheques.

Sin embargo, el juez Nelky Martínez, a cargo de la investigación de la matanza de Florencio Varela, no produce novedades en la causa desde 1976 hasta 1980. Luego los expedientes comienzan a moverse con lentitud hasta que el 8 de octubre de 1985 firma un curioso pedido de informes: le pregunta al Registro Nacional de las Personas si el DNI 10.760.653 corresponde a la cédula 7.081.454, de Osvaldo Forese. Lo curioso es que tanto el número de DNI como el de la cédula de identidad pertenecen al homónimo y no al Osvaldo Forese real, y que el homónimo había sido sobreseído años atrás.

Espacio en blanco

En los últimos años de la dictadura y los primeros de la democracia, la historia del *Paqui* Forese se pierde en los rumores: está en libertad, mantiene varios pedidos de captura, logra volver a vincularse con la ultraderecha peronista y se muda a la Capital. El 16 de noviembre de 1985 firma un contrato de alquiler por el departamento de Hipólito Yrigoyen 2105 piso 8 "B". Durante la firma, su garante, María Cristina Pautazzo, comenta que es propietaria de un laboratorio y que Forese trabaja con ella. Un año más tarde le inician una demanda de desalojo, porque Forese incurre en un olvido desde el comienzo del contrato: nunca paga el alquiler, ni las expensas, ni las facturas de Obras Sanitarias. Casi no tiene trato con los vecinos del edificio, que lo ven salir muy temprano por la mañana y volver entrada la noche. En la puerta estaciona su Ford Falcon con chapa de provincia 1.536788, con un permiso de Libre Tránsito del Concejo Deliberante y una calcomanía del Hipódromo Argentino.

Stella Maris Troiano, su mujer, cumple los mismos horarios y vive con sus cuatro hijas: la mayor aparenta unos diez años y la menor unos pocos meses. El portero del edificio lo saluda con cierto respeto lejano: escuchó que es amigo de varios concejales, y siempre conviene andar bien con esa gente. Sin embargo, algo le resulta curioso: en los dos años la familia Forese nunca recibió correspondencia. Las cartas documento anunciando el desalojo lo tienen sin cuidado, y Forese se molesta más por otros asuntos judiciales pendientes.

Nuevas historias

El 3 de diciembre de 1984 Catalina Raspa dejó su Fiat 600 modelo '74 estacionado en la avenida Caseros 1501, y bajó a hacer unas diligencias. En el coche quedaba una chequera del Banco Provincia que nunca volvería a encontrar. Doce días después de realizada la denuncia, Norma Bomvillani, bioquímica del Sanatorio Central de Avellaneda, recibe uno de los cheques robados de manos de Federico Jorge, uno de los directivos del sanatorio. Según una denuncia de los diputados provinciales Fava y Lanceta, Jorge es asesor del bloque justicialista del Congreso nacional, maneja un Ford Mustang gris metalizado con chapa oficial 258 (placa C-1065461) y es dueño del edificio donde se levanta la clínica junto a Daniel Nievas, secretario de Lorenzo Miguel. Otro dato cierra esta parte del círculo: Osvaldo *Paqui* Forese trabaja en el Sanatorio Central desde julio de 1984 hasta mayo de 1985, como director operativo. La amistad de Luis Federico Jorge y *Paqui* Forese quizá contenga también afinidad política: Federico Jorge forma parte de la Lista de Unidad de las 62 (Frente de Unidades Básicas y Agrupaciones Peronistas de Avellaneda) junto a Elida de Vandor.

Vuelto a su primer amor, Osvaldo Forese comete un error turbado por la emoción: entrega uno de los cheques robados a la empresa Fracchia el 10 de marzo de 1985. A mediados de ese año un grupo de peritos calígrafos comprueba que la firma del cheque robado es la de Forese, y *Paqui* pide eximición de prisión *"por carecer de antecedentes"* el 23 de diciembre de ese año. Un día más tarde —en Nochebuena— Forese recibe la aprobación y sale libre bajo caución juratoria.

Good Year

El '87 resulta un buen año para Forese. El 23 de junio se deja sin efecto su pedido de captura en la causa de Automotores Orletti (fechado el 10 de diciembre de 1986 por el titular del Juzgado Federal 3, Néstor Blondi) y días más tarde el abogado de *Paqui*, Dr. Ciruzzi, se notifica de que su defendido quedaba comprendido por la ley de obediencia debida. El 28 de octubre de 1987 el comisario Angel Silvestro, jefe de la División Prontuarios de la policía informa a la Cámara Federal que en todos los prontuarios y legajos ha sido dejada sin efecto la orden de captura. Esta información, sin embargo, tardará once meses y dos días en llegar a la Comisaría Primera de Avellaneda cuando —durante el *viernes negro*— Osvaldo Forese "se encontraba detenido".



12/3

Los unos y los otros

Un día después de la matanza de Mi Estancia el abogado Fernando Torres recibió un llamado de su amigo Juan Carlos Rodríguez, el jefe de custodia de la UOM. Torres era en ese momento director nacional de Policía del Trabajo (había asumido el 25 de mayo de 1973, con la gestión de Cámpora) y, a la vez, director de Asuntos Jurídicos de la CGT y la UOM, lo que hablaba de su versatilidad: poder ser, a un mismo tiempo, controlador y controlado.

En aquel año Fernando Torres quizá tampoco sospechara que iba a convertirse en el defensor de Mario Eduardo Firmenich, pero el ejercicio de su profesión le había deparado ya algunas sorpresas: Rodríguez lo llamaba para pedirle que gestionara la entrega de los cadáveres de Fromigué y Acosta —a quien Torres conocía— que habían muerto a manos de Gordon, Enciso y Castillo entre otros, a quien el mismo Torres había defendido ante los Tribunales.

La relación de Fernando Torres con el jefe de la custodia se remonta a 1967, cuando Rodríguez junto a otros militantes fascistas intentaron desembarcar en las Malvinas. A Aníbal Gordon lo defendió en 1971, cuando se le imputaba el asalto al Banco de Río Negro y al *Indio* Castillo lo defendería años más tarde, en 1978.

Torres realiza su gestión con prolijidad farmacéutica: se comunica con la comisaría de Florencio Varela, combina con Rodríguez una cita en el cementerio local y pide dos ambulancias. Ese día se entera de que Silvia Rodríguez, viuda de Fromigué, había sobrevivido a la matanza, y sugiere una idea impecable:

—Si los reconoció, que declare ante un escribano y dé los nombres de todos los agresores.

El 16 de octubre de 1975 la escribana Olga Churruarín de Bonnefó golpeó la puerta de la habitación 319 del séptimo piso en el Policlínico Central de la UOM y, al entrar, se encontró con Silvia Rodríguez aún convaleciente pero en perfecto estado de conciencia. La mujer dio un relato pormenorizado de la matanza y, ante una pregunta, soltó con inocencia:

—¿Cómo no los voy a conocer si todos trabajaban en la UOM con mi esposo?

Después dio nombres, direcciones y apodos. A la firma del testimonio asistieron dos testigos: Antonio Wenceslao Cunningham —que trabaja en el Policlínico desde 1943— y Osvaldo Angel Vigna —también trabajador de la clínica, pero desde 1970.

Sin embargo el tiempo —y algunas amenazas— ayudaron para que la escritura se diluyera en el olvido. Cunningham declaró ante un juez que "no recordaba haberla firmado, aunque si reconoce que es su firma", y Vigna tuvo mayor imaginación: "Aquel día el Dr. Bracutto, director del Policlínico, me pidió prestados los documentos no sé para qué y al rato me hicieron firmar un papel".

Recién en 1985 Silvia Rodríguez declaró en la causa por la matanza y, aun cuando pudo constatarse que la escritura era real, negó haber formulado ninguna acusación.

Desde el jardín

No todos los sobrenombres cambiaban en Automotores Orletti, el campo de concentración de Venancio Flores y Emilio Lamarca, en Floresta.

Aníbal Gordon en 1976 había dejado de ser *El Tío* para convertirse en *El Jova*, o *El Jovato*, y con mayor asiduidad en el *Teniente Coronel Silva*. Osvaldo Forese, sin embargo, seguía siendo *El Paqui* o, por extensión, *El Paquidermo*, y alimentaba su mito de derrumbar las puertas a patadas.

El 13 de julio de 1976 derriba la puerta de Víctor Martínez 1480 y es la cara de Forese la que se detiene en la memoria del periodista uruguayo Enrique Rodríguez Larreta. El grupo de tareas de Orletti lo secuestra junto a Raquel Nogueira y esa misma noche la camioneta en la que los trasladan se detiene dos veces para otros secuestros: en Corrientes y Dorrego y en Pasteur al 800. En el campo Orletti —también denominado *El Jardín*— los militares uruguayos y argentinos estrechan vínculos rioplatenses. El jefe de la División 300 de Inteligencia, mayor uruguayo Gavazzo, dirige los interrogatorios con la colaboración de otros oficiales uruguayos de la OCOA (Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas): el mayor Cordero, el capitán Silveyra y el teniente Maurente. Aníbal Gordon se pasea por el campo con ropa militar y gorra ladeada. Los secuestrados que identifican a Osvaldo *Paqui* Forese alcanzan a la decena: Nelson Bermúdez, Margarita Michelini, Raquel Nogueira, Raúl Altuna Facal, entre otros. Todas las descripciones coinciden: corpulento, macizo, estatura media, hacía alarde de lo que robaba, tenía mucho pelo, era gordo.

COPIA FACSIMILAR DE LA ESCRITURA DICTADA POR SILVIA RODRIGUEZ DE FROMIGUE

OBEDIENCIA DEBIDA A FORESE, RUFFO Y GORDON

JORGE HUGO DUBCHAK

Historia de un absurdo

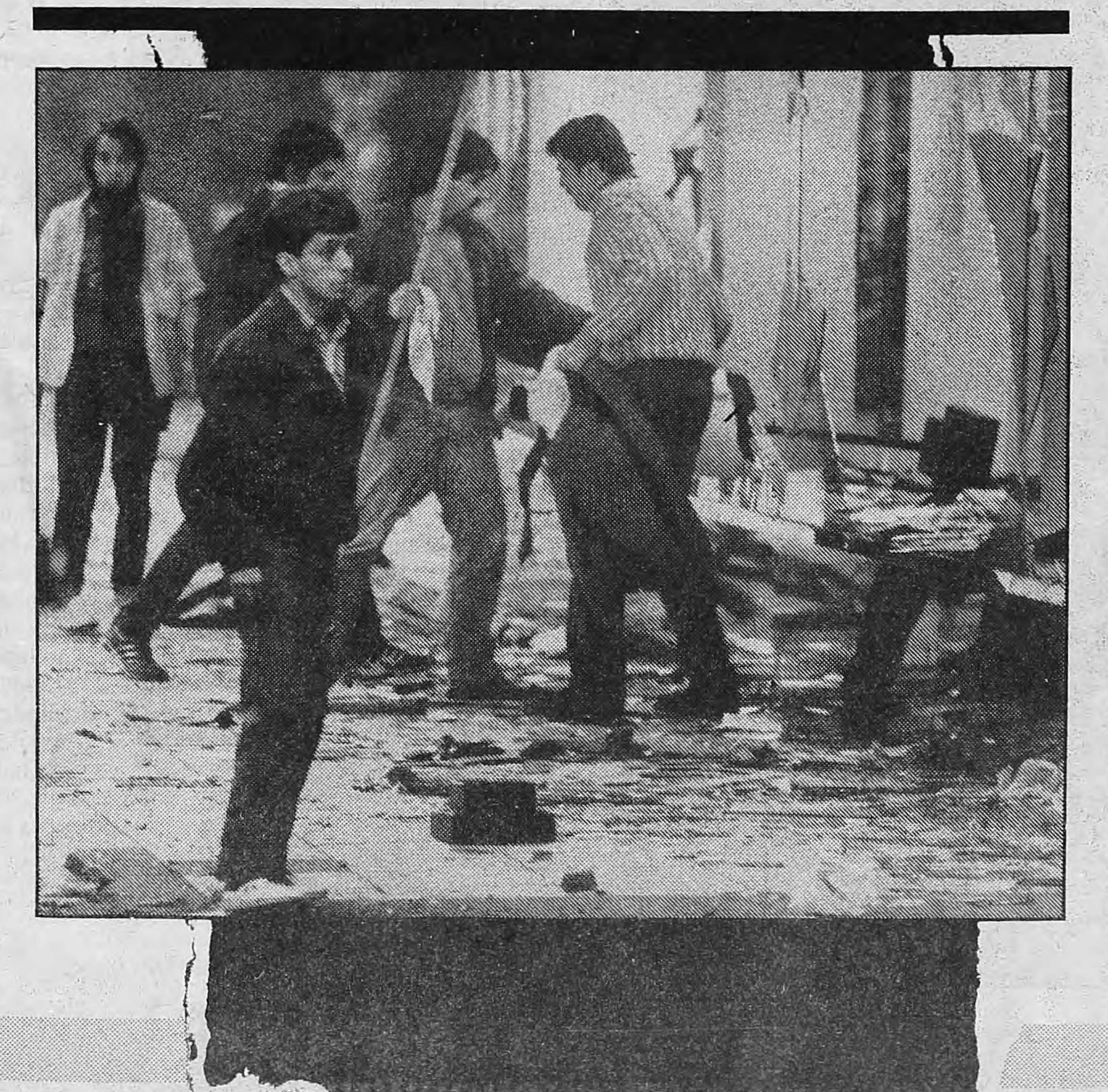
El 19 de julio de 1976 Osvaldo Forese es detenido por orden del juez Nelky Martínez, acusado de haber participado en la matanza de Florencio Varela. Un pequeño detalle se escapa durante la detención: se trata de otro Osvaldo Forese, homónimo del imputado. Este Osvaldo Forese es un estudiante de ingeniería que trabaja en Siemens y que durante cuatro años se lamentará por su mala suerte. La policía lo detiene en su casa de Rocha 94, en San Martín, y aun cuando resulta evidente que no se trata del mismo, recién es sobreseído provisoriamente el 30 de octubre. El abogado del homónimo apela ante la Cámara pidiendo el sobreseimiento definitivo, que llega más tarde firmado por una persona que volverá a mezclarse en esta historia: el juez Ernesto Domenech, en ese momento secretario de la Cámara Octava de Apelación en lo Penal de La Plata. Domenech volverá a encontrase con un Forese —pero esta vez el real— en una causa reciente por robo de cheques.

Sin embargo, el juez Nelky Martínez, a cargo de la investigación de la matanza de Florencio Varela, no produce novedades en la causa desde 1976 hasta 1980. Luego los expedientes comienzan a moverse con lentitud hasta que el 8 de octubre de 1985 firma un curioso pedido de informes: le pregunta al Registro Nacional de las Personas si el DNI 10.760.653 corresponde a la cédula 7.081.454, de Osvaldo Forese. Lo curioso es que tanto el número de DNI como el de la cédula de identidad pertenecen al homónimo y no al Osvaldo Forese real, y que el homónimo había sido sobreseído años atrás.

Espacio en blanco

En los últimos años de la dictadura y los primeros de la democracia, la historia del *Paqui* Forese se pierde en los rumores: está en libertad, mantiene varios pedidos de captura, logra volver a vincularse con la ultraderecha peronista y se muda a la Capital. El 16 de noviembre de 1985 firma un contrato de alquiler por el departamento de Hipólito Yrigoyen 2105 piso 8 "B". Durante la firma, su garante, María Cristina Pautazzo, comenta que es propietaria de un laboratorio y que Forese trabaja con ella. Un año más tarde le inician una demanda de desalojo, porque Forese incurre en un olvido desde el comienzo del contrato: nunca paga el alquiler, ni las expensas, ni las facturas de Obras Sanitarias. Casi no tiene trato con los vecinos del edificio, que lo ven salir muy temprano por la mañana y volver entrada la noche. En la puerta estaciona su Ford Falcon con chapa de provincia 1536788, con un permiso de Libre Tránsito del Concejo Deliberante y una calcomanía del Hipódromo Argentino.

Stella Maris Troiano, su mujer, cumple los mismos horarios y vive con sus cuatro hijas: la mayor aparenta unos diez años y la menor unos pocos meses. El portero del edificio lo saluda con cierto respeto lejano: escuchó que es amigo de varios concejales, y siempre conviene andar bien con esa gente. Sin embargo, algo le resulta curioso: en los dos años la familia Forese nunca recibió correspondencia. Las cartas documento anunciando el desalojo lo tienen sin cuidado, y Forese se molesta más por otros asuntos judiciales pendientes.



Nuevas historias

El 3 de diciembre de 1984 Catalina Raspa dejó su Fiat 600 modelo '74 estacionado en la avenida Caseros 1501, y bajó a hacer unas diligencias. En el coche quedaba una chequera del Banco Provincia que nunca volverá a encontrar. Doce días después de realizada la denuncia, Norma Bomvillani, bioquímica del Sanatorio Central de Avellaneda, recibe uno de los cheques robados de manos de Federico Jorge, uno de los directivos del sanatorio. Según una denuncia de los diputados provinciales Fava y Lanceta, Jorge es asesor del bloque justicialista del Congreso nacional, maneja un Ford Mustang gris metalizado con chapa oficial 258 (placa C-1065461) y es dueño del edificio donde se levanta la clínica junto a Daniel Nievas, secretario de Lorenzo Miguel. Otro dato cierra esta parte del círculo: Osvaldo *Paqui* Forese trabaja en el Sanatorio Central desde julio de 1984 hasta mayo de 1985, como director operativo. La amistad de Luis Federico Jorge y *Paqui* Forese quizá contenga también afinidad política: Federico Jorge forma parte de la Lista de Unidad de las 62 (Frente de Unidades Básicas y Agrupaciones Peronistas de Avellaneda) junto a Elida de Vandor.

Vuelto a su primer amor, Osvaldo Forese comete un error turbado por la emoción: entrega uno de los cheques robados a la empresa Fracchia el 10 de marzo de 1985. A mediados de ese año un grupo de peritos calígrafos comprueba que la firma del cheque robado es de Forese, y *Paqui* pide eximición de prisión *"por carecer de antecedentes"* el 23 de diciembre de ese año. Un día más tarde —en Nochebuena— Forese recibe la aprobación y sale libre bajo caución juratoria.

Good Year

El '87 resulta un buen año para Forese. El 23 de junio se deja sin efecto su pedido de captura en la causa de Automotores Orletti (fechado el 10 de diciembre de 1986 por el titular del Juzgado Federal 3, Néstor Blondi) y días más tarde el abogado de *Paqui*, Dr. Ciruzzi, se notifica de que su defendido quedaba comprendido por la ley de obediencia debida. El 28 de octubre de 1987 el comisario Angel Silvestro, jefe de la División Prontuarios de la policía informa a la Cámara Federal que en todos los prontuarios y legajos ha sido dejada sin efecto la orden de captura. Esta información, sin embargo, tardará once meses y dos días en llegar a la Comisaría Primera de Avellaneda cuando —durante el *viernes negro*— Osvaldo Forese "se encontraba detenido".



La lista firmada por el comisario Silvestro es en realidad más amplia: abarca también a Ruffo, Aníbal Gordon, Paladino y otros viejos camaradas.

El general retirado, que fuera titular de la SIDE durante la dictadura y cumpliera horas extras en el campo de concentración Orletti, también podía volver a su escritorio de la agencia de investigaciones Magister, en el que un cartel advierte: *"Silencio: jefe pensando"*. Momento por demás propicio para que el general recordara, reclinándose en el sillón, el final de la carta que enviara a *La Nación* el 23 de mayo del '84, cuando aún no se había convertido en obediente: "Me siento honrado de haber participado en la guerra librada contra la subversión marxista, así se defendió a los valores supremos, esenciales y permanentes que integran el ser nacional". Paladino dio un lento sorbo de café casi tibio y se tranquilizó pensando que las revistas no volverían a preguntarle si era el amante de Adriana Gordon, la hija de Aníbal, casada con un empleado de la SIDE, como lo había hecho aquel periodista de *Siete Días* el 1° de setiembre del '83.

Días en negro

El 8 de abril de 1988 a las 7.35 el juicio de desalojo del departamento de Hipólito Yrigoyen llegó a su fin. Empleados del juzgado acompañados por la policía comenzaron a embalar los muebles del departamento B en el piso ocho. En la casa no había nadie para detener esta mudanza forzada. Los hombres comenzaron un monótono inventario de bienes en el que se registró una curiosidad: todos los artefactos electrónicos carecían de numeración. Una bandeja *Technics*, una FM estéreo *JVC*, un televisor *Talent*, todo sin ninguna identificación.

—Suena medio trucho —dijo uno de los empleados de la mudadora, y la delegación estalló en una risa—, afanados o de contra.

A las diez y media de la mañana Osvaldo *Paqui* Forese subía los ocho pisos por la escalera profiriendo insultos. Al rato, más calmado, pide que envíen todos los bienes al sanatorio Beltrán, su nuevo trabajo como gerente operativo.

El 7 de setiembre —dos días antes del *viernes negro*— Osvaldo Forese es detenido por la Brigada de Investigaciones de San Martín. En diálogo con **Página/12**, el comisario Costas da —en distintas fechas— dos versiones distintas del mismo hecho:

1) Se lo detiene por orden del juez Domenech, de La Plata, por un problema de estafa (causa en la que, como se dijo antes, tenía excarcelación bajo caución juratoria).

2) Se lo detiene por orden de un juez de San Martín, por incumplimiento de contrato.

El día 14 de setiembre, en el programa de Guillermo Patricio Kelly por Radio Excelsior, el comisario Hugo Costas afirma la versión 1). En realidad, había un pedido del juez Eschavello —Juzgado Civil 8, San Martín— en la causa 34463, por una demanda que inició Marta Aboghlian: había alquilado a Forese una zapatería en Avellaneda, y dejado en depósito máquinas para fabricar zapatos dentro del local. Al devolverlo, Forese se olvidó de entregar la maquinaria.

Un día más tarde, el 8 de setiembre, Stella Maris Troiano —esposa de Forese— se presenta en el Juzgado de San Martín para pedir la excarcelación de *Paqui*. El juez le dice que no lo tiene detenido, que sólo le tomó declaración informativa, no indagatoria, y que nuestro héroe es "imputado no procesado".

Respecto de por qué si la zapatería se encuentra en Avellaneda la causa está radicada en San Martín, el comisario Hugo Costas respondió con sequedad:

—Lo desconozco.

Con el corazón mirando al sur

El día 8 —en la cuenta regresiva, un día antes del *viernes negro*— Forese fue trasladado a la seccional primera de Avellaneda, a media cuadra de la clínica Beltrán (su nuevo trabajo) y a metros de su nueva casa (en la calle 12 de Octubre al 100). El comisario Máximo Hippe aseguró a este diario que Forese había aterrizado allí "por una causa del Dr. Domenech, en La Plata". Resulta curioso observar que, hasta el viernes 9 por la mañana, en ninguna de las dos comisarías —San Martín y Avellaneda— se habían pedido antecedentes de Forese, cuando se trata de un trámite de rutina. En la mañana del 9 *Paqui* es llevado ante el juez Ernesto Domenech por aquella molesta causa de los cheques robados. Se niega a declarar. El defensor de pobres José Viera Coelho pide que se le otorgue la excarcelación bajo caución juratoria, pero el juez decide dar el ejemplo: no le alcanzan los juramentos y lo deja en libertad luego de pagar una fianza de 400 australes.

Guillermo Aníbal Troiano, cuñado de Forese, deposita la suma esa misma mañana en el Banco Provincia y Forese vuelve a la comisaría de Avellaneda "por si tiene otros antecedentes".

Esa mañana, entretanto, la máquina de escribir manual de la comisaría primera de Avellaneda se saca chispas. Se encuentran de guardia la oficial de turno Nelly Irma Vellot y el ayudante Roberto Bessuejouls (legajo 17548). La comisaría envía cuatro cartas fechadas en el día sobre el caso Forese:

1) Al juez Arslanián (nota número 33).

2) Al Dr. D'Alessio (nota número 34).

3) Al Dr. Nelky Martínez (nota número 35).

4) Al Dr. Armando Rousseau de Lomas de Zamora.

En las dos primeras se informa a Arslanián y a D'Alessio que Forese, imputado por la causa del campo Orletti, está detenido. La causa había —como se dijo adelante— finalizado por obediencia debida el 23 de junio de 1987 —hasta el abogado del mismo Forese se había notificado— y semanas más tarde se había borrado —por orden de la policía— de prontuarios y legajos de los imputados toda referencia al respecto. A la vez, el registro de la comisaría contaba con escasa información judicial: León Arslanián ya no pertenece a la Cámara y se dedica a su profesión, y Andrés D'Alessio es el Procurador General de la Nación. La nota 3) era enviada al Dr. Nelky Martínez, que investiga la matanza de Florencio Varela desde hace trece años y que debió enfrentar un pedido de juicio político por ese caso en una votación dividida en el Congreso de La Plata, en la que el juez contó con el apoyo del peronismo que rechazó el pedido. La nota 4) contenía también alguna curiosidad: se le informaba al Dr. Rousseau que "el detenido será remitido el día 10 de setiembre al despacho del Dr. Domenech". En realidad, el detenido *venía* del despacho del Dr. Domenech y el día era el 9; para usar un lugar común debieran haber escrito "el día de la fecha."

Según aseguró a este diario un alto funcionario judicial, la práctica indica en estos casos que la comisaría llama por teléfono a los jueces sin enviar cartas y para agilizar el trámite. Varios camaristas han sido despertados a la madrugada para escuchar del otro lado de la línea que determinada persona se encontraba detenida. En este caso, sin embargo, se ha cumplido tanto con los formulismos que la práctica resulta desorientada.

Un solo detalle de las cuatro cartas resulta curioso: todas llegan cinco días más tarde. Aunque el viernes 9 había un paro nacional, en la Cámara Federal (que tiene actualmente la causa Orletti) se encontraba personal trabajando. El lunes 12 —también otro día de paro, en repudio a la represión policial— había en la Cámara empleados atentos para recibir llamados de la policía.

La red policial —que podría haberse usado en caso de que ningún teléfono hubiera funcionado— trabajó con normalidad en esas fechas.

Otra de las cartas, la 4), como en una novela de misterio, nunca llegó a destino. En su oficina de Talcahuano 278 tercer piso, de Banfield, el juez Armando Rousseau, de Lomas, negó ante este diario haber recibido misiva alguna respecto de Osvaldo Forese, que ni siquiera aparece como procesado en ese tribunal. La casualidad volvió a meter su cola en esta historia cuando en el juzgado del Dr. Rousseau apareció un Jorge Foresi pero no imputado sino víctima de un robo en Longchamps. Pero ninguna comisaría se preocupó en mantener con este casi homónimo una relación epistolar.

Las cartas, finalmente, llegan a la Cámara Federal el día 14 y de inmediato se ordena la libertad de *Paqui* Forese. El mismo día llega la misiva al juzgado del Dr. Nelky Martínez en La Plata. Los estrechos contactos del juez Martínez con la policía —que algunos medios malintencionados habían sugerido cuando Nelky Martínez tuvo a su cargo el caso nunca aclarado del asesinato del menor Scaserra en un partido Boca-Independiente— no habían servido de mucho: también él recibía su correspondencia con retraso.

A las diez y media de la mañana del día 15 Forese se presenta en La Plata y, sin aclarar ningún punto de la matanza de Florencio Varela, es dejado en libertad. Vuelve a la comisaría de Avellaneda —casi su segundo hogar— y finalmente gana la calle el día 16 a las dos y media de la madrugada.

Hace quince días, cuando este diario reprodujo la denuncia del periodista Rodríguez Larreta identificando a Forese como uno de los provocadores del *viernes negro*, *Paqui* se presentó ante el juzgado del Dr. Néstor Blondi para asegurar que en esas fechas "había estado detenido". Recuperó su libertad dos días después mientras la identificación por fotografías indicaba sólo dos diferencias con la foto de las vidrieras de Modart, en tanto Forese exhibía con seguridad sus certificados policiales.

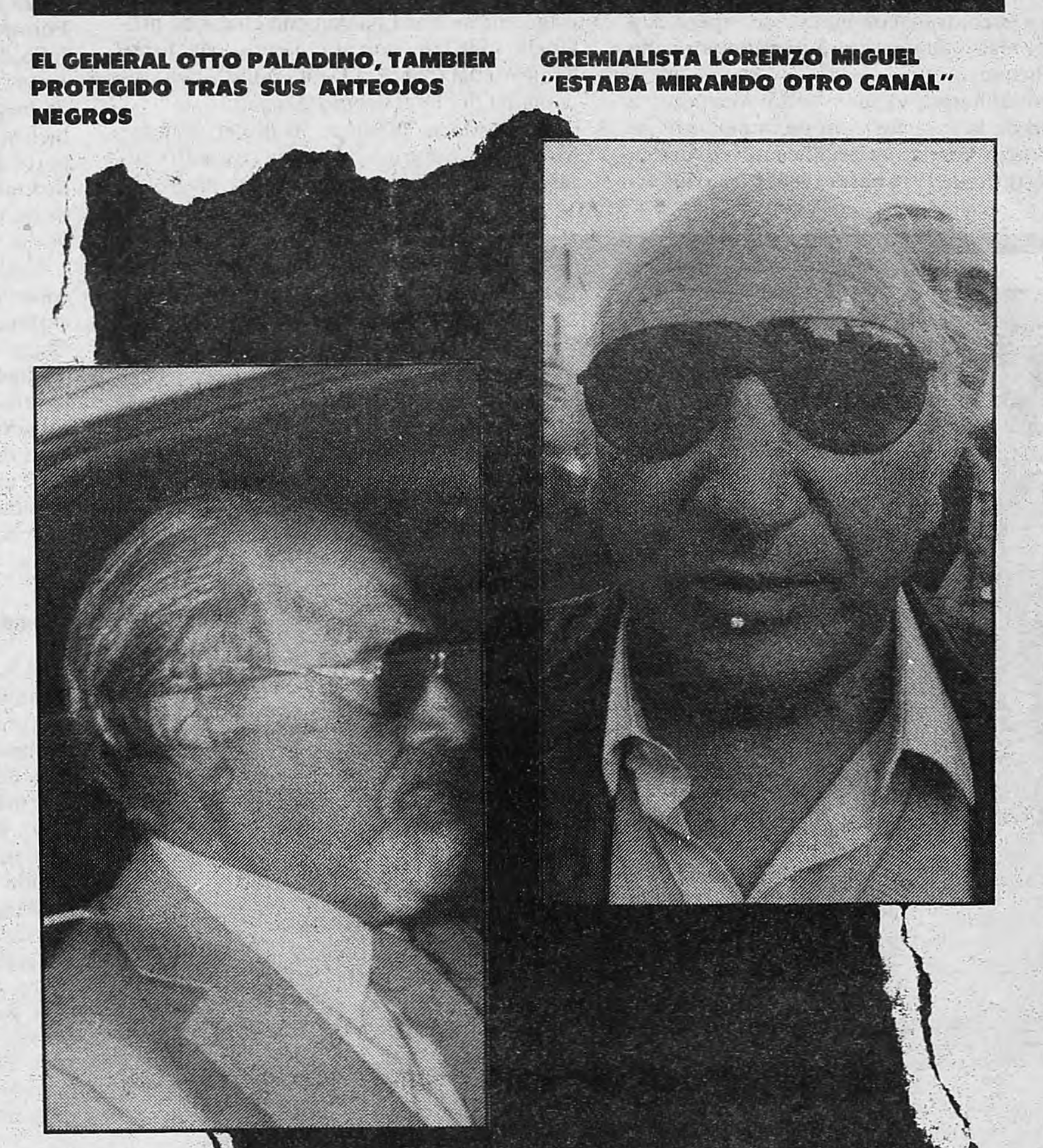
—Niego terminantemente esa denuncia —decía Forese en los micrófonos de Radio Continental, cuando el programa de Rolando Hanglin le facilitó la salida al aire el pasado martes 11.

—Nunca tuve nada que ver con Lorenzo Miguel —se explayó Forese—; en los días que van del 9 al 16 estuve detenido por un problema laboral.

—Sí, es cierto —dijo antes de despedirse de la audiencia—, simpatizo con Aldo Rico.

Investigación:
Jorge Lanata, Nancy Pazos, Andrea Rodríguez, Jorge Cicuttín





EL GENERAL OTTO PALADINO, TAMBIEN PROTEGIDO TRAS SUS ANTEOJOS NEGROS

GREMIALISTA LORENZO MIGUEL "ESTABA MIRANDO OTRO CANAL"